



CAPITULO VI

En el que cuenta Perico la confianza que mereció al chino;
la venida de éste con él á México, y los días felices que logró á su lado gastando mucho
y tratándose como un conde

Contento y admirado vivía yo con mi nuevo amigo.
Contento por el buen trato que me daba, y admirado por
oirlo discurrir todos los días con tanta franqueza sobre
muchas materias, que parecía que las profesaba á fondo.
Es verdad que su estilo no era el que yo escribo, sino

uno muy sublime y lleno de frases que regalaban nuestros oídos; pero como su locución era natural, añadía con ella nueva gracia á sus discursos.

Entretanto yo gozaba de la buena vida, no me descuidaba en hacer mi negocio á sombra de la amistad que el chaen me dispensaba, y así ponía mis palabras, interesaba mis súplicas, y hacía frecuentemente mis empeños todos por los que me ocupaban sin las manos vacías, y de esta suerte con semejante granjería llené un baúl de regalitos apreciables.

Todo esto se deja entender que era á excusas de mi favorecedor, pues era tan íntegro, que si hubiera penetrado mis malas artes, acaso yo no salgo de aquella ciudad, pues me condena él mismo á un presidio; pero como no es muy fácil que un superior distinga al que le advierte del que lo adula y engaña, y más si está preocupado en favor de éste, se sigue que el malvado continúa sin recelo en sus picardías y los superiores imposibilitados de salir de sus engaños.

Advertido yo de estos secretos, procuraba hablarle siempre al loitia con la mayor circunspección, declarándome partidario tenaz de la justicia, mostrándome compasivo y nimiamente desinteresado, celoso del bien público, y en todo adherido á su modo de pensar, con lo que le lisonjeaba el gusto demasiado.

Era el chino sabio, juicioso y en todo bueno; pero

ya estaba yo acostumbrado á valerme de la bondad de los hombres para engañarlos cuando podía, y así no me fué difícil engañar á éste. Procuré conocerle su genio; advertí que era justo, piadoso y desinteresado; le acometía siempre por estos flancos, y rara vez no conseguía mi pretensión.

En medio de esta bonanza no dejaba yo de sentir que me hubiese salido huero mi virreinato, y muchas veces no podía consolarme con mi fingido condazgo, aunque no me descuadraba que me regalaran las orejas con el título, pues todos los días me decían los extranjeros que visitaban al chaen: — Conde, oiga usía. Conde, mire usía. Conde, tenga usía, y daca el conde y torna el conde, y todo era condearme de arriba abajo. Hasta el pobre chino me condeaba en fuerza del ejemplo, y como veía que todos me trataban con respeto y cariño, se creyó que un conde era lo menos tanto como un tután en su tierra ó un visir en la Turquía. Agreguen ustedes á este equivocado concepto la idea que formó de que yo le valdría mucho en México, y así procuraba asegurar mi protección, granjeándome por cuantos medios podía; y los extranjeros que lo habían menester á él, mirando lo que me quería, se empeñaban en adularlo, expresándome su estimación; y así, engañados unos y otros, conspiraban sin querer á que yo perdiera el poco juicio que tenía, pues tanto me condea-

ban y usiaban; tanto me lisonjeaban y tantas caricias y rendimientos me hacían, que ya estaba yo por creer que había nacido conde y no había llegado á mi noticia.

—¡Qué mano, decía yo á mis solas, qué mano que yo sea conde y no lo sepa! Es verdad que yo me titulé; pero para ser conde, ¿qué importa que me titule yo ó me titule el rey? Siendo titular, todo se sale allá. Ahora ¿qué más tiene que yo el mejor conde del universo? ¿Nobleza? No me falta. ¿Edad? Tengo la suficiente. ¿Ciencia? No la necesito, y ganas me sobran.

Lo único que no tengo es dinero y méritos; mas esto es una friolera. ¿Acaso todos los condes son ricos y ameritados? ¿Cuántos hay que carecen de ambas cosas? Pues ánimo, Perico, que un garbanzo más no revienta una olla. Para conde nací, según mi genio, y conde soy y conde seré, pésele á quien le pesare, y por serlo haré cuantas diabluras pueda, á bien que no seré el primero que por ser conde sea un bribón.

En estos disparatados soliloquios me solía entretener de cuando en cuando, y me abstraía con ellos de tal modo, que muchas veces me encerraba en mi gabinete, y era menester que me fuesen á llamar de parte del chaen, diciéndome que él y la corte me estaban esperando para comer. Entonces volvía yo en mí como de un letargo, y exclamaba:—¡Santo Dios! no permitas que se radiquen

en mi cerebro estas quiméricas ideas y me vuelva más loco de lo que soy.

La Divina Providencia quiso atender á mis oraciones, y que no parara yo en San Hipólito de conde, ya que había perdido la esperanza de entrar de virrey, así como entran y han entrado muchos tontos por dar en una majadería difícil si no imposible.

A pocos días avisaron los extranjeros que el buque estaba listo, y que sólo estaban detenidos por la licencia del tután. Su hermano la consiguió fácilmente, y ya que todo estaba prevenido para embarcarnos, les comunicó el designio que tenía de pasar á la América con licencia del rey, gracia muy particular en la Asia.

Todos los pasajeros festejaron en la mesa su intención con muchos vivas, ofreciéndose á porfía á servirlo en cuanto pudieran. Al fin era toda gente bien nacida, y sabían á lo que obligan las leyes de la gratitud.

Llegó el día de embarcarnos, y cuando todos esperábamos á bordo el equipaje del chaen, vimos con admiración que se redujo á un catre, un criado, un baúl y una petaquilla.

Entonces, y cuando entró el chino, le preguntó el comerciante español que si aquel baúl estaba lleno de onzas de oro. —No está, dijo el chino; apenas habrá doscientas. —Pues es muy poco dinero, le replicó el comerciante, para el viaje que intentáis hacer. —Se son-

rió el chino y le dijo: — Me sobra dinero para ver México y viajar por la Europa. — Vos sabéis lo que hacéis, dijo el español; pero os repito que ese dinero es poco. — Es hartito, decía el chino: yo cuento con el vuestro, con el de vuestros paisanos que nos acompañan, y con el que guardan en sus arcas los ricos de vuestra tierra. Yo se los sacaré lícitamente y me sobrará para todo.

— Hacedme favor, replicó el español, de descifrarme este enigma. Si es por amistad, seguramente podéis contar con mi dinero y con el de mis compañeros; pero si es en línea de trato, no sé con qué nos podréis sacar un peso. — Con pedazos de piedras y enfermedades de animales, dijo el chino, y no me preguntéis más, que cuando estemos en México yo os descifraré el enigma.

Con esto quedamos todos perplejos, se levaron las anclas y nos entregamos á la mar, queriendo Dios que fuera nuestra navegación tan feliz, que en tres meses llegamos viento en popa al puerto y ruin ciudad de Acapulco, que á pesar de serlo tanto, me pareció al besar sus arenas más hermosa que la capital de México. Gozo muy natural á quien vuelve á ver, después de sufrir algunos trabajos, los cerros y casuchas de su patria.

Desembarcámonos muy contentos; descansamos ocho días, y en literas dispusimos nuestro viaje para México.

En el camino iba yo pensando cómo me separaría

del chino y demás camaradas, dejándolos en la creencia de que era conde, sin pasar por un embustero ni un ingrato grosero; pero por más que cavilé no pude desembarazarme de las dificultades que pulsaba.

En esto avanzábamos leguas de terreno cada día, hasta que llegamos á esta ciudad y posamos todos en el mesón de la Herradura.

El chino, como que ignoraba los usos de mi patria, en todo hacía alto, y me confundía á preguntas, porque todo le cogía de nuevo, y me rogaba que no me separara de él hasta que tuviera alguna instrucción, lo que yo le prometí, y quedamos corrientes; pero los extranjeros me molían mucho con mi condazgo, particularmente el español, que me decía: — Conde, ya dos días hace que estamos en México, y no parecen sus criados ni el coche de usía para conducirlo á su casa. Vamos, la verdad, usted es conde... pues... no se incomode usía, pero creo que es conde de cámara, así como hay gentiles-hombres de cámara.

Cuando me dijo esto, me incomodé y le dije: — Crea usted ó no que soy conde, nada me importa. Mi casa está en Guadalajara; de aquí á que vengan de allá por mí se ha de pasar algún tiempo, y mientras, no puedo hacer el papel que usted espera; mas algún día sabremos quién es cada cuál.

Con esto me dejó y no me volvió á hablar palabra